CELEBRACIÓN JUBILAR EN ALBARRACÍN

El Papa Francisco inauguraba la pasada Nochebuena el **Jubileo de la Esperanza** en la basílica de San Pedro en el Vaticano. El domingo 29 de diciembre abríamos el Jubileo en la Catedral de Teruel y en todas las diócesis del mundo. Hoy celebramos el Jubileo 2025 en esta Catedral, que, en lo más alto de la ciudad de Albarracín, quiere convertirse en atalaya desde la que anunciar al mundo la esperanza que Dios nos ha regalado.

Si hemos de contagiar esperanza al mundo, nos podemos preguntar: ¿**cómo andan nuestras baterías de esperanza**? ¿a tope, al 50%, al 25%, en situación crítica? Lo pregunto de otra manera, quizá más clara y concreta: ¿creemos que nuestro mundo puede mejorar?, creemos en las posibilidades de nuestras pequeñas comunidades parroquiales para celebrar y transmitir la fe?, ¿crees que puedes ser más feliz, acercarte más a Dios, y amar más y mejor?

Sea como fuere, las lecturas de la liturgia de hoy nos ofrecen tres consejos preciosos para crecer en esperanza y contagiarla.

La primera lectura, del profeta Isaías, nos invita a **mirar más allá de las apariencias**, a descubrir la presencia de Dios, que trabaja en el corazón de las personas y en las entrañas de la historia, aun en las circunstancias más adversas. El pueblo de Dios está deportado en Babilonia y la ciudad de Jerusalén está abandonada y devastada. El pueblo se queja, con amargura: «está lejos de nosotros el derecho y no nos alcanza la justicia; esperamos la luz y vienen tinieblas, claridad, y caminamos a oscuras» (Is 59,9). A veces nuestra mirada también es así: negra, sin luz, sin esperanza.

El profeta Isaías, en cambio, descubre la presencia de Dios en medio de su pueblo y, por tanto, se llena de esperanza y la anuncia a su gente: «Los pueblos verán tu justicia, y los reyes tu gloria… Ya no te llamarán "Abandonada", ni a tu tierra "Devastada"; a ti te llamarán "Mi predilecta", y a tu tierra "Desposada", porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá un esposo». Abramos, pues, los ojos, queridos hermanos y hermanas, los ojos de la mente y los ojos de la fe, para poder decir con convicción a la gente de esta sierra de Albarracín y del valle del Jiloca: «Ya no te llamarán "Abandonada", ni a tu tierra "Devastada"; a ti te llamarán "Mi predilecta", y a tu tierra "Desposada", porque el Señor te prefiere a ti».

En la bula de convocatoria de este Jubileo de la Esperanza, el Papa Francisco nos invitaba a tener esta mirada audaz y contemplativa: «Es necesario – dice – poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia».

En el **Evangelio**, María nos enseña a **hacer el bien posible** y a poner en manos de Jesús lo que nos supera. Los gestos de amor, como el de María, aunque parezcan insignificantes, son fuente de esperanza. Por eso, el Papa, a la vez que reclama a la sociedad y a la comunidad internacional signos concretos que inviten a mirar al futuro con confianza, pide a los cristianos que seamos instrumentos visibles de esperanza para los que sufren: los presos, los enfermos, los jóvenes, los ancianos, los migrantes, refugiados y exiliados, los pobres que carecen de lo necesario para vivir…

Tomemos conciencia, por tanto, del poder que tienen nuestras palabras y nuestros pequeños compromisos cotidianos, en los que se hace presente y operativo el amor de Dios, para avivar y transmitir no vanas ilusiones, que se apoyan en supuestas bondades de una ideología o en el progreso de la tecnología, sino la esperanza más cierta: la que brota de la fe y de la caridad.

Finalmente, en la **segunda lectura** San Pablo nos invita a descubrir, a **valorar y a unir nuestros carismas**, nuestros talentos. Todos tenemos talentos, talentos diversos, porque Dios nos ha creado únicos e irrepetibles. Por tanto, no se trata de compararnos con otras personas o con otras parroquias, aparentemente con más posibilidades para celebrar la fe, anunciar el Evangelio y vivir la caridad. Se trata de reconocer y agradecer nuestros talentos personales y comunitarios; de trabajar unidos, no cada uno a su aire. Un cura solo, por bueno que sea, una laica sola, aunque sea santa, o una parroquia sola, por perfecta que sea, poco pueden hacer. En cambio, cuando nos unimos, como en esta preciosa celebración, surgen proyectos nuevos o se renuevan proyectos de siempre, que pueden ser fuentes de esperanza para nosotros mismos y para los hombres y mujeres que habitan estas tierras de la sierra de Albarracín y el valle del Jiloca.

Que la **Virgen Santísima**, Nuestra Señora de Oriente, nos acompañe, para que este Jubileo no pase en balde y sea un verdadero año de gracia para la Iglesia universal, para nuestra Diócesis de Teruel y Albarracín, para todas las comunidades y familias de este Arciprestazgo Albarracín-Jiloca, para el mundo entero y especialmente para quienes más sufren. Que ella nos ayude a tener una mirada profunda, a hacer todo el bien posible y a poner en común nuestros talentos, queridos hermanos y hermanas, para avivar y transmitir esperanza. Subamos desde el principio a este tren de gracia que se llama Jubileo 2025.